

# DOMESTICAR NUESTRA CRÍTICA

*Bajo el Volcán*, año 1, no. 2 digital, mayo-octubre 2020

Daniel Pena<sup>1</sup>

Fecha de recepción: 15 de octubre, 2019

## RESUMEN

El presente ensayo parte de la reflexión autocrítica de los puntos ciegos de mi cotidianidad, alimentado con una serie de conceptualizaciones que sirven de apoyo para visualizar contradicciones profundas, difíciles de asumir. El recorrido reflexivo atraviesa los nuevos modos de consumismo y la fugacidad de la experiencia, las lógicas de opresión de los opresores y la transversalidad de las luchas; y las nuevas formas del capitalismo urbano como eco-capitalismo seguro; indagando sobre las grietas posibles de la crítica en los tres bloques.

La exploración intenta hacer evidente algunos puntos ciegos de nuestra cotidianidad que domesticar nuestra crítica, la suavizan, la controlan y limitan.

*Palabras clave:* Consumismo, progresismo, crítica, opresión, capitalismo verde

## SUMMARY

This essay has, as starting point, the self-critical reflection about my quotidian blind spots. Point feeded with useful conceptualizations as support for visualize deep contradictions in it. Those that are harsh to accept.

The essay's reflexing path goes thru the new consumption ways and the fleetingness of the experience, the oppressive ways of the oppressors and the transversality of the struggles, as well as the new forms of urban

---

<sup>1</sup> Integrante del equipo de investigación en conflictos socio-ambientales de Casa Bertolt Brecht, Uruguay.

capitalism as safe eco-capitalism. Always inquiring about the possible cracks that the critique may enlighten on those three blocks.

The present looks out for evidence some blind spots of our quotidianity that tame our criticism, soften, control and restrict it.

*Key words:* Consumism, Progresism, Criticism, Oppression, Green capitalism

## INTRODUCCIÓN

Intento, en las siguientes líneas, describir alguna de las autocríticas más difíciles de asumir desde mi cotidianidad, en carácter de ensayo. Aquellas que son casi paradójicas en mi modo de vida. Esos puntos ciegos que solo enfrento muy ocasionalmente, cuando puedo poner en tela de juicio los detalles del día a día y hacer obvias mis contradicciones. No creo haberlos superado, ni tener la receta para que nadie lo haga. Pero sí creo en la potencia de compartir las experiencias y reflexiones, incluso aquellas que aún no se han hecho carne en nuestros modos de vida.

Como joven urbano de Montevideo (Uruguay), sociólogo involucrado en diferentes movimientos sociales y ambientales, espacios culturales y políticos más o menos vinculados al progresismo y las izquierdas uruguayas, creo que es sumamente necesario hacer visibles mis propias contradicciones críticas, alimentando la reflexión con diferentes conceptualizaciones a las que, por mis privilegios de clase media egresado universitario, he accedido.

El recorrido reflexivo parte de la preocupación por ver que nuestra crítica está suavizada, controlada, empaquetada. Toma tres puntos centrales de mi senti-pensar cotidiano para hacerlo visible: los modos específicos del consumismo progre y su ansiedad por el consumo de experiencias; la reproducción incesante de las lógicas opresivas sobre los opresores, o fascistas con los fascistas; y la integración de nuestras prácticas “amigables con el ambiente” en el marco del eco-capitalismo seguro y el doble juego del sacrificio.

Se expresan, además, algunas líneas que podrían cultivar una crítica del detalle, abierta, paciente, diversa, colectiva y creativa. Con la reproducción de la vida simbólica y material en común como horizonte y construcción actual, este ensayo procura aportar poniéndole palabras a mis puntos ciegos y contradicciones.

## CONSUMISMO PROGRE

Los jóvenes estudiantes o egresados universitarios, del ámbito artístico, agroecológico, social o educativo, creemos estar por fuera del consumismo, del ambiente del derroche, de la sociedad del despilfarro. No nos interesa tener el último celular, la última televisión, el auto deportivo, la ropa de marca, ni el reloj de oro. Sabemos que eso es parte de la “brutalidad” de “esos otros” que “basan su vida en lo material”, “terrajás” u “ostentosos”, que están presos del circuito mediático y la publicidad que esconde la explotación y perversidad de las multinacionales y los microcréditos.

Creemos estar lejos de ser “receptores pasivos de la novedad” armada para adormecer masas.

Creemos ser críticos con el sistema, que no mordemos el anzuelo de la eterna disconformidad de querer más y más, la última novedad en el mercado. Creemos que solo algunas pocas veces tenemos deslices en este sentido, que son parte de nuestras breves contradicciones, pero que no hacen a la centralidad de nuestros modos de vida.

Sin embargo, ¿cómo respondemos a las exigencias de consumo como signo de reconocimiento los jóvenes progres clase media? El mecanismo es el mismo que el consumo pasivo, espectador, pero desde lo “activo”.

Como bien expresa Baudrillard (1991), el consumo de mercancías actual tiene como centro el generar signos, es decir, las mercancías que consumimos tienen valor no por su uso material, ni por el valor de intercambio (valor en el mercado), sino principalmente

en tanto signo en cadenas simbólicas. Es decir, consumimos tales marcas porque entran en un juego de códigos de reconocimiento de nuestro entorno sobre gustos, modos de vida, hábitos, lugares, etc. Nos sitúa simbólicamente en ciertas posiciones, expresa nuestro estatus-poder, se encadena con otros signos para decir algo, para incluirnos en ciertos espacios y distinguimos de otros.

En el caso de nuestro consumismo progre, no son los objetos y las marcas las que definen nuestros signos exigidos por el entorno. No pasa principalmente por la pasividad de obtener materialidad, de ser espectador de obras ajenas. No anhelamos la posesión de los objetos exclusivos y escasos, sino que el eje está en la acción, en la concreción de “experiencias”.

Son las experiencias nuestros principales signos de reconocimiento y ellas diagraman gran parte de nuestra vida. A ellas dedicamos muchísimas de nuestras energías, durante el trabajo, el tiempo libre, los espacios de soledad y de amistad, de pareja o incluso familia. Estamos en permanente búsqueda de experiencias, de esa “intensidad” que nos atraviesa al estar viviendo una nueva experiencia, que nos desafía, nos mueve el piso, nos hace mirar el mundo desde otro lado.

El centro es el hacer, la continua acción, y la repercusión que ese hacer tiene sobre nosotros, nuestro aprendizaje y sensibilidad; en la medida en que esa sensibilidad es “mostrable” o hasta “espectacularizable” frente al entorno.

Uno de los puntos más oscuros de esta búsqueda continua del hacer-experiencia es que la mayoría de las veces el accionar no responde a una necesidad colectiva o comunitaria construida como tal, a la cual se responde con una propuesta creativa, sino más bien a un capricho individual con un tinte social, o una ingeniosa iniciativa que no altera con fuerza el orden de la opresión-desigualdad.

Nuestra distinción es el tinte “social” y “crítico” que tienen nuestros caprichos. Su etiqueta activa, su discurso transformador que reviste unas ganas particulares que usan fondos de llamados públicos o internacionales para concretarse, que aprovechan colectivos populares o procesos comunitarios elitistas para crecer.

En esto la personalización de la producción y del consumo (para cada sujeto un objeto específico a medida, como autos, computadoras o celulares personalizados) generan una agradable sensación de libertad y singularidad, que potencia el aire de distinción del consumo activo (que elige, que propone, que crea al consumir). El instante de personalización del consumo permite unir la materialidad de los objetos con la experiencia inmaterial del consumismo progre. Esto explica en cierta medida algunas de las recientes explosiones de consumo progre de Montevideo: cerveza artesanal, tiendas de chucherías de diseño, boliches con juegos de mesa, vinilos personalizados para las paredes, etc., todas, posibilidades inacabables en el hacer y el elegir, interminables como la experiencia misma.

Otro punto central es la velocidad de acumulación de las experiencias. Como plantea Byung-Chul Han (2014), el dilema es “no poder poder”, o, en términos de Giorgio Agamben (2011), la imposibilidad de no hacer, el perder la noción de nuestra propia impotencia (la conciencia de que no lo podemos todo), de no ser, en una sumatoria incesante de haceres, potencias y posibilidades del humano-proyecto-de-s-mismo.

Y las propuestas educativas pretendidamente “innovadoras” lo muestran claramente: es necesario “aprender a aprender”, gestionar la propia vida como un proyecto-de-sí, volverse empresa-de-sí-mismo, ser un gran emprendedor de nuestros sueños (Jódar y Gómez (2007) lo dejan claro en su texto sobre educación posdisciplinaria).

Con el foco en las nuevas exigencias del mercado posindustrial (por ejemplo, el paradigmático modo de producción de Google), las propuestas educativas de moda hacen énfasis en la capacidad innovadora, el trabajo en equipo, el manejo de las emociones, la intensa creatividad y resiliencia, para lograr ser un buen empresario-proyecto-de-sí, un inmenso gestor de la propia vida como sucesión de experiencias, un buen emprendedor.

La aceleración de las experiencias sucesivas, ansiosas, se vuelven desplegadas en cualquier espacio de interacción como un signo que genera fascinación de otros hacia uno. El valor de haber exprimido la intensidad de cada minuto en un infinito abanico de

experiencias diversas se confirma en cada interacción donde son puestas en juego.

Esto nos pone ante una insistente temporalidad de la ansiedad de proyecto/experiencias sucesivas, la mayoría de las veces, con un soporte institucionalizado, transformado en un llamado proyecto de colectivo (incluso con nuestros amigos) frente al Estado: viajes de voluntariado o congreso de activismo, “descentralización” de la cultura, sensibilización en temáticas “contrahegemónicas” de moda, campañas sociales, emprendimientos eco o socialmente responsables, etc.

De esta manera se vive el pasado como signo de prestigio único por las experiencias vividas, el presente como intensidad volátil del proyecto en ejecución, el futuro como ansiedad de proyecto en creación. O, cuando no vivimos el tiempo como línea sino como círculo, comienza en un proyecto ideado, de ensoñación, y termina con su sistematización, que nos abre otra idea-proyecto-capricho social.

Yendo al extremo, soñamos en términos de redacción de proyecto, podríamos ponerle objetivos y metodología a la revolución, si alguien lo pidiera.

Entonces, mientras algunos consumen para pasar o matar el tiempo, para matar o sobrellevar el aburrimiento, los jóvenes progres consumimos nuestro hacer, la secuencia infinita de experiencias para no acercarnos ni un poco a la experiencia más dura de todas, la experiencia de vacío, de silencio, de quietud, de muerte, de contemplación. Incluso, la cercanía a estas experiencias se genera por medios institucionalizados: meditaciones, retiros, modas zen y new age, antropología y sociología de los rituales fúnebres, conceptualizaciones psi de la pérdida.

No proyectar, no hacer, es igual a morir en vida.

Quizá de allí surja la necesidad de registrar en imagen y audiovisual todo hacer, convertirlo en pastilla de difusión, no tanto para su pretendido objetivo de existir en el mundo de las redes virtuales, sino para ser un breve punto de recuerdo que se archiva por si algún día hay tiempo a recordar.

Este modo de vida se autoproduce y confirma a cada instante, sosteniendo una cadena que conecta: consumo de experiencia con

trabajo vocacional en proyectos y nuevamente con consumo de experiencias. Trabajar más en proyectos, para ahorrar más para los proyectos más lejanos y exóticos en las vacaciones, para enriquecer los proyectos vocacionales en el trabajo. Un círculo cerrado de trabajo y tiempo libre al servicio de la necesidad interminable de experiencias.

La “obligada sugerencia” de enlazar el trabajo con la vocación y el tiempo fuera del trabajo (si es que es posible diferenciarlo) con el hacer proyectos enlaza toda energía vital en un sinfín de proyectos-experiencias veloces y superpuestos.

Este círculo lleva a que no existe minuto en el día exento de sentido, de valor como experiencia, conectado con proyectos y procesos de aprendizaje, de ser vuelto una experiencia. El “tiempo libre” debe ser gestionado. Una vida gestionada de principio a fin.

Nuestro tiempo “libre” está insalvablemente regulado, diagramado, encorsetado por los sentidos del proyecto-institución. Siempre en un más allá forzado a convertir lo que puede suceder imprevisto en una nueva experiencia enmarcada en algo mostrable.

Hemos pasado de perder el tiempo (“estar al pedo”), a no poder perdernos en el tiempo.

Quizá por ello exista tan rápido avance y dependencia de los “gestores”: culturales, comunitarios, empresariales, artísticos, educativos, de salud, etc. El enfoque es gestionar la vida, efectivizar los recursos de todo tipo, aprovecharlos para una mayor experiencia.

Preguntar menos, y hacer más es la receta. Porque un proyecto nunca es una pregunta, sino una afirmación que delimita objetivos, y, en última instancia, experiencias.

Sin embargo, la crítica, los vínculos, la transformación del orden injusto conllevan un cultivo del caos para crear nuevas formas de vida, implican tiempo, de deriva, de encuentro, de error. Tiempo inexistente en el consumismo progre, corriendo siempre atrás de un nuevo proyecto personal, colectivo, institucional.

Este texto es parte de esa inmadurez de los cultivos críticos, inmadurez del ensayo, el intento, frente a la madurez del proyecto construido, consumado y olvidado. Su fuerza radica en no estar cerrado, ejecutado, vuelto pastilla de difusión.

Requiere tiempo de decantación, dejar el agua turbia un poco quieta para poder ver qué decanta. Experiencia, dice Larrosa (2003), que es “lo que nos pasa”, éxtimo, externo, exótico, que nos atraviesa y nos transforma, deforma, conforma. Sin embargo, olvida marcar la dimensión temporal de la transformación: no hay cambios potentes si no hay tiempo de darles lugar en nuestras estructuras, hábitos, modos de sentir, pensar, hacer.

“Domesticar nuestra crítica” es la alerta de que estamos volviendo la crítica un asunto privado, asunto que tomamos cuando queda un resto para senti-pensar en otros órdenes posibles, chispa de imaginación entre que lavamos los platos, nos vamos a bañar, respondemos un mail y llamamos a un amigo por el nuevo proyecto cultural que tenemos en mente.

Asunto encerrado en nuestros breves espacio-tiempo de silencio, de duda, de soledad. Pensar críticamente en colectivo o con otros se traduce rápidamente al polo de la resignación (disfrazada de reformismo estratégico) o de la queja criticacona, o claramente, proyecto de crítica institucionalizado (audiovisual, libro, blog, tertulia, etc.).

La crítica es expulsada día a día del espacio público, porque allí solo entra el miedo, los proyectos institucionales, la política de eventos, o el tiempo “libre” regulado por el hacer de los proyectos.

Domesticar la crítica es volverla terreno individual, volcada a nuestra vida personal, a nuestro uni-verso, suavizarla para que encaje en nuestra vida cotidiana sin hacer mucho ruido. Porque hacer ruido implica frenar, y hasta responsabilizarse de las contradicciones cotidianas que no se salvan con un nuevo proyecto de deconstrucción personal.

No tener tiempo para generar una mirada crítica minuciosa es quizá el signo de nuestra ansiedad de experiencias, del extremo al que llega nuestro consumismo progre.

## OPRIMIR A LOS OPRESORES

Nos hemos criado en ambientes donde la educación popular, el socialismo real y la utopía comunista dejaron huella, más o menos profunda, por afiliación o por rechazo. Solemos usar el par oprimidos/opresores en nuestros discursos y prácticas, generalmente focalizando nuestra energía en el trabajo con y para los oprimidos y víctimas de la injusticia y desigualdad del capitalismo.

Demostramos mucha preocupación por reflexionar y discutir sobre las lógicas de la opresión, de la naturalización de la desigualdad y de la opresión-represión-dominación.

Hemos afinado la mirada para ver tras cada acción cotidiana de nuestro entorno un contexto de desigualdad estructural, la disparidad en las posiciones de poder, en el manejo de los recursos, en la posibilidad de tomar decisiones sobre la propia vida.

Nos embanderamos continuamente con las luchas de los oprimidos de varios tipos: clase trabajadora, mujeres, diversidad, indígenas, afrodescendientes, especismo, ambientalismo, privados de libertad, adolescentes y niños, adultos mayores, estudiantes, productores rurales o campesinos, locos encerrados, etc.

Trabajamos, militamos y debatimos en cada rincón para ampliar las oportunidades de los oprimidos, fortalecer sus capacidades, brindar nuevas herramientas para su “emancipación” y “concientización”.

Por el contrario, los opresores son el gran punto ciego de nuestro hacer.

Objetos de odio, chivo emisario de nuestras incapacidades, muros de los lamentos de nuestra resignación. Aquellos seres que les tocó estar (y “deciden” permanecer) en posiciones de poder, privilegio y “libertad” en el manejo de sus oportunidades, merecen de nosotros el mayor de los repudios, ataques (o, como mucho, respeto, si necesitamos que abran puertas para oprimidos con los que trabajamos).

En este sentido, el pensamiento dicotómico heredado del marxismo político clásico muestra una de sus contradicciones centrales, propio del vanguardismo eurocéntrico y racionalista: res-

ponder a los opresores con opresión, al punitivismo con medidas punitivas, a la represión con represión, al fascismo con fascismo.

La lógica es evangelizadora en el sentido estricto de la palabra: de la “buena nueva”, del mensaje de salvación que tenemos para llevar a los oprimidos, que los “concientizará” y permitirá liberarse de las cadenas, y reprimir a los represores, oprimir a los opresores en una dictadura de los oprimidos.

Por un lado, buscamos permanentemente comprender (empatizando y contextualizando) al oprimido para “empoderarlo” desde nuestro marco de referencia (mensaje de salvación disfrazado de problematización-sensibilización-concientización), mientras que por otro lado intentamos atacar al opresor para sacarlo del tablero por inhumano, monstruo.

Una de las contradicciones del progresismo actual se vuelve evidente cuando las mismas personas que defienden medidas alternativas al punitivismo para oprimidos exigen endurecimiento de las penas y sentencias para opresores. Recientemente vimos en nuestro país la manifestación de algunos sectores del feminismo y de la lucha afro, que se destacan históricamente por pedir y apoyar medidas alternativas a la represivas-punitivas en la mayoría de las problemáticas sociales (adolescencia y delito, personas privadas de libertad, personas en situación de calle, pobreza, tráfico de sustancias psicoactivas, despenalización del aborto, etc.), pidiendo y proponiendo públicamente medidas punitivas más severas para opresores: hombres feminicidas, blancos racistas.

La construcción imaginaria o mítica de la mirada sobre los otros (los humanos), genera una metáfora con los seres que observa, y cambia según desde donde se lance la acusación-justificación.

Algunos dirán (o dibujarán en panfletos) burgueses “chanchos”, otros adolescentes “monstruos”, otros políticos “diablos”, otros mujeres “brujas”, otros carnívoros “lobos”, otros hombres “bestias agresivas”, otros empresarios “dinosaurios”...

Y así opera la opresión del sistema, y también la opresión del opresor. Señalando monstruos para ser eliminados, expulsados, encerrados, reprimidos. Así funciona para los opresores que cons-

truyen monstruos en cualquiera que cuestione el orden de privilegios, y así sucede también en los oprimidos y defensores de los oprimidos que construyen monstruos en los opresores.

¿La violencia vivida justifica la respuesta violenta? ¿El tener como fin principal el cambio en el orden de dominación justifica el medio violento de conseguirlo?

Vale la pena aclarar, esto no justifica ni minimiza las atrocidades ni múltiples violencias que reproducen y reproducimos los opresores día a día, sino que pone en cuestión la respuesta violenta también.

En especial, si tomamos una mirada transversal a las múltiples dimensiones de la dominación contemporánea: raza-etnia, generación, eurocentrismo, clase, género, orientación sexual, lugar de residencia, etc. Así, mientras creemos ser oprimidos en una, o defendemos a oprimidos en una de ellas, muchas veces reproducimos lógicas opresivas en otras y debemos reconocerlo: trabajadores racistas, indígenas heteronormativos, jóvenes patriarcales, mujeres adultocéntricas, homosexuales urbanos y eurocéntricos, etc. De esa manera, el fascismo que pregonamos hacia los fascistas opresores, nos vuelve como un boomerang si complejizamos nuestra autopercepción cotidiana.

De allí la centralidad en la progrófsfera (mundillo más o menos permeable del pienso progre) de la idea gramsciana de contra-hegemonía: imponerse como nueva hegemonía: necesidad de imponer nuestro orden y ser aceptado sin represión continua para sostenerse.

Sin embargo, vale la pena tener en mente la propuesta de Beasley-Murray (2010) de comprender el mundo desde la pos-hegemonía. Según el autor, el orden de dominación no se sostiene por el ejercicio de la violencia, ni del convencimiento racional acerca del pensamiento hegemónico que se impone por medio de los espacios educativos, culturales y de socialización. Sino que el orden se sostiene porque implica una cierta forma de diagramar los afectos, de encauzar las formas en que los cuerpos se afectan y son afectados, de modo que se generen lazos de dependencia institucional, de centralización de las afectaciones en los aparatos del mercado y del estado. Unos ciertos modos de circulación de la energía y las transformaciones que van

construyendo hábitos, o encarnaciones cotidianas del orden. Y van convirtiendo la energía creativa, instituyente y nómada de la multitud en “pueblo”: masa homogénea de la que se extrae energía y plusvalía, mientras se sostiene la dependencia de lo instituido.

Entonces, si partimos de este otro modo de comprender la realidad, ya no se trata de generar una contra-hegemonía que a mediano o largo plazo se imponga como nueva hegemonía. Un aparato de convencimiento racional articulado con violencia física y simbólica que se imponga a mediano plazo. Ya no es una guerra del oprimido (y sus defensores) por imponer su propia hegemonía. Ya no hay necesidad de pensar en dictaduras de ningún tipo, sino la posibilidad de desplegar procesos instituyentes múltiples, que se articulan para transformar lo instituido, construir nuevos hábitos comunes y generar nuevas afectaciones fuera de la dependencia institucional.

*La Sociedad de los Poetas Muertos* es una bella y antigua película que nos da algunas pistas al respecto. El trabajo central del docente protagonista se trata de enlazar la poesía y arte literario con el deseo de los estudiantes (claramente opresores o futuros opresores privilegiados) para romper los diagramas de afectación, construir nuevos hábitos, y generar movimientos creativos comunes que traspasen la dependencia institucional, cuestionen el orden. Sin embargo, este movimiento instituyente de “carpe diem” (que ya por esos años 90s comenzó a ser el slogan del capitalismo de consumo inmaterial, definiendo vidas entregadas a la “felicidad individual”) tiene sus riesgos cuando el contexto resiste las nuevas afectaciones (el suicidio en este caso).

Claramente el (futuro) opresor es víctima de su propio orden, que lo privilegia a la vez que lo encorseta. Le da “todas las oportunidades imaginables”, pero le impide imaginar “cualquier cosa”.

Es necesario trabajar con el opresor (incluso esa parte de nosotros mismos), contextualizarlo y empatizar para descubrir sus regímenes de represión minuciosos definidos por su hábitus, tan rígido como cualquier clase. Es ingenuo y simplista creer que el opresor tiene plena libertad de elección de sus gustos, modos, sensibilidades. Resulta un tanto ingenuo creer que el acceso a bienes materiales nos

vuelve autodeterminados, libres. O lo que es lo mismo, que la libertad esté definida por el acceso sin restricciones a bienes materiales.

Más oportunidades económicas no significa poder ser todo, o poder no ser todo, sino estar en condiciones de decidir por los otros, desde un marco muy estricto de qué y cómo decidir para no cuestionar el orden.

¿Por qué no generar intervenciones con opresores? Planes de circulación social, planes de vivienda justa y sustentable, sensibilización y pensamiento crítico, emancipación y autonomía, administración de sus recursos y problematización del consumo, fortalecimiento de las redes vinculares-afectivas, uso y apropiación de los espacios públicos, bienes comunes y crítica a los emprendimientos extractivistas, etc.

Crear que darle herramientas al oprimido es suficiente para cambiar el orden es creer en la imposición de un orden por los oprimidos (y nosotros, sus evangelizadores). ¿Por qué no construir otros órdenes posibles generando corrimientos simultáneos de oprimidos y opresores? Son los futuros opresores los que tomarán decisiones para abrir cancha o no a los futuros-actuales oprimidos. Son los oprimidos transformados los que saldrán del lugar de dependencia-represión para poder crear colectivamente alternativas.

Defendemos la convivencia como el relacionamiento según nuestros cánones, atacando directamente al opresor que pide a gritos seguridad y estabilidad en el estatus quo. ¿Qué lugar debe jugar el actual opresor en una futura convivencia? ¿Cómo responder a la opresión sin oprimir-expulsar? ¿Cómo no ser fascistas con el fascista?

Incluso yendo más a fondo, ¿cómo posicionarse en esa dicotomía cuando el análisis deja de estar basado exclusivamente en la opresión y desigualdad capitalista y se vuelve multidimensional?

Y especialmente, ¿cómo juega nuestro miedo en la imposibilidad de pensar abordajes deconstructivos para opresores? Es simple trabajar con quienes tienen menos capital cultural, porque la desigualdad nos autoriza a “educarlos-evangelizarlos”. Pero con los opresores la cuestión parece ser mucho más dura, compleja, incierta. Comenzando por la posibilidad de convocarlos a espacios y competir con tantas

otras oportunidades (no somos la única posibilidad que tienen como con personas en extrema pobreza), siguiendo por la tensión de problematizar sin imponer, ser cuestionados y amenazados por lugares de intenso poder (incluso legal si es necesario), hasta por nuestros propios movimientos internos de estar trabajando con “pares” o “superiores”.

Domesticar nuestra crítica significa mantener este punto ciego, no cuestionarnos sobre el trabajo con los opresores porque implica cuestionar nuestros miedos en la tarea, nuestra construcción de autoridad en base en la desigualdad de capital cultural, nuestra cercanía (o pertenencia actual o pasada) en los modos de vida y expectativa a los opresores, nuestras “comodidades legítimas”.

Domesticar nuestra crítica implica no espejarnos-reflejarnos y ver nuestras múltiples dimensiones como opresores porque seríamos pasibles de medidas punitivas pedidas por otro progre-humanista que ataque nuestro monstruo.

Domesticar nuestra crítica es no abrir la pregunta por el mítico corte entre humanos y monstruos, entre humanos y animales. Es dejar de preguntarnos si existe algo que nos vuelve humanos, o si es un simple intento mítico-narrativo que ha servido para instalar esencialismos fascistas-expulsivos-represivos.

Domesticar la crítica es mantener ciego el criterio o la vara con la que se da juicio (el origen de la palabra crítica está emparentado al juicio), invisibilizar la pretensión de imponer esencialismos separatistas de humano/monstruo.

## ECO-CAPITALISMO SEGURO

A simple vista en la calle, leyendo o mirando algunas noticias actuales, podemos ver que el mundo urbano-capitalista en el que estamos viviendo, tiene dos grandes (¿nuevos?) ejes por los que avanza: la economía verde y el control del riesgo-seguridad.

Es sabido que bajo el orden social capitalista es necesario una continua mercantilización (es decir, posibilidad de llevar al merca-

do, transformar en bien o servicio que se vende-compra) cada vez mayor de todas las dimensiones de lo vivo, lo muerto, lo inerte, lo simbólico y hasta lo imaginario simbólico y asignificante.

En ese sentido, podríamos decir que existen al menos tres tendencias de mercantilización importantes: a) la expansión (producción de subjetividad, patentes biológicas y de autor) b) la intensificación y/o superposición (TICS, paradigma de seguridad y neo-extractivismo neocolonial); y c) la destrucción-reposición (guerra, fragmentación socio-territorial y eco-rentabilidad).

Concentrémonos en la “economía verde”; en otros textos focalizaremos en la seguridad y el riesgo.

Sobran los ejemplos de cómo lo ecológico, orgánico, ambiental, verde, slow, etc. han sido tomados y aprovechados como un nuevo nicho de mercado, un nuevo público de consumo y modo de generar ganancia, novedad e interés en el consumo y producción.

Pero cuidado, al igual que con tantos otros movimientos y transformaciones socio-político-ambientales que han sido parcialmente absorbidas como moda-souvenir por el capitalismo (desde el guevarismo, pasando por el indigenismo, el hippismo, el feminismo, etc.), los planteos, construcciones y deconstrucciones de estas líneas desbordan y cuestionan fuertemente el orden social actual. Simplemente, analicemos cómo son absorbidos y neutralizados con fines de conservación de la desigualdad, productivismo, consumismo y concentración del poder; para poder cuidarnos de las ambigüedades y contradicciones del día a día.

Hay quienes le llaman a esto eco-rentabilidad, o lucro verde. Podemos observarlo en tres niveles de funcionamiento (en la realidad entremezclados):

A nivel micro, en la cotidianidad de las “personas de a pie”, se nota claramente el avance de una nueva línea de consumo eco-friendly o ambientalmente amigable. Las múltiples críticas y cuestionamientos del ecologismo conservacionista (conservación de la naturaleza pura) y eficientista (eficiencia energética y gestión de los recursos y residuos) han sido tomadas, recauchutadas, entremezcladas con otras líneas de vida vueltas modas (hippismo chick,

new age, veganismo, neorruralismo, etc.) para generar todo tipo de mercaderías, experiencias, lugares y marcas, que permiten a los consumidores comprar con “responsabilidad ambiental”.

Papel reciclado, electrodomésticos de todo tipo eficientes y eco-inteligentes, pastillas sanitarias para gatos biodegradables, tierra industrializada con abono orgánico, cepillos de dientes de madera o bambú, lapiceras de cartón, papel ecológico para sustituir el papel film, bolsas “chismosa” o de tela para los mandados, y un cada vez mayor listado de etcéteras de productos se encuentran a diario en las vidas de cada uno de nosotros.

A nivel del consumo de experiencias y actividades, los hobbies y nuevos tipos de turismo natural y/o restaurativo también ofrecen un nuevo abanico de emprendimientos lucrativos con la voluntad ecológica de hacer algo con “tinte natural”. Chacras y escuelas auto-sustentables, huertos urbanos, artesanías con residuos, vacaciones con actividades restaurativas de monte nativo y caminatas nocturnas, talleres de bioconstrucción, etc.

En los medios de transporte y pequeña producción doméstica de energía, vemos otro inmenso nicho de compra-venta en avance: la creciente oferta y demanda de autos, bicicletas y motos eléctricas, baterías de todo tipo, pequeños aerogeneradores o paneles solares domésticos de calentamiento de agua o producción fotovoltaica.

A simple vista, podría celebrarse un interesante cambio en los patrones de consumo, una conciencia cada vez mayor sobre el impacto ambiental de nuestra cotidianidad, una responsabilidad cada vez mayor sobre nuestros actos, que se traduce en actos simples de “consumo responsable”. Y esto es en gran parte así, valioso e importante.

Sin embargo, la absorción capitalista como moda, que busca principalmente generar rentabilidad de cualquier nuevo espacio de mercantilización, posee fuertes contradicciones:

En primer lugar, accedemos a la “venta de soluciones” a problemas causados por el capital y su funcionamiento altamente contaminante y destructivo: filtros de agua, aire, para territorios contaminadas; fertilizantes químicos para tierras arrasadas y desestimando desechos orgánicos que podrían ser compost, turismo “natural” para

contrarrestar el encierro urbano, hongos y dispositivos que “limpian el plástico” de océano, etc. La lógica es simple, generar un problema produciendo, para poder vender un nuevo producto que lo “repare”, y jamás cuestionar los niveles ni modos de consumo.

En segundo lugar, se generan sustituciones de dispositivos y objetos (como el vehículo eléctrico por el de combustible fósil) con externalidades nefastas; es decir, sin tener en cuenta el proceso completo, desde la extracción de las materias primas y sus impactos socio-ambientales (por ejemplo, el impacto terrible de la extracción de litio para baterías en territorios indígenas de América Latina), el proceso de producción y la energía que demanda, el circuito logístico de mediadores, el uso y se descarte como residuo. La fibra de carbono de los aerogeneradores, y las baterías a litio son el ejemplo más claro.

En tercer lugar, estamos bombardeados por una intensa espectacularización y publicidad de los productos eco-friendly. Desde la producción de ropa con plástico de los océanos, hasta el valor de la comida “lenta”, esconden inmensas responsabilidades sobre impactos ambientales, y enaltecen sus marcas con un lavado de cara verde, así como el de sus clientes, que ahora cumplen con la nueva línea políticamente correcta: ser ecológicos.

En cuarto lugar, cabe traer a colación la idea de la “paradoja de Jevons” (D’Alisa, Demaria y Kallis, 2017), que dice, aproximadamente, que al hacer un proceso más eficiente, o un uso de un recurso más “ahorrativo”, en general, se utiliza el excedente con mayor depredación que si no se hubiese ahorrado. Por ejemplo, si bajamos el consumo de luz en nuestro hogar, generamos un ahorro energético y económico, pero que a mediano plazo nos permite realizar con ese excedente económico, un viaje en avión, con altísimo consumo de combustible fósil, consumir comida ultra-procesada y envasada en plásticos, etc. Entonces, la paradoja es que, si bien el ahorro y la eficiencia pueden ser interesantes a primera vista, en términos ambientales, la gestión de los excedentes y su uso tiene que ser el foco principal, para no agravar más las problemáticas al utilizarlo.

Por último, las ideas de sacrificio y profanación de Agamben (2005) nos pueden ayudar a pensar esto. Según el autor, la base de la

religión es la separación de los dispositivos entre dioses y humanos, la extirpación del uso común de algunas esferas de la vida cotidiana. Esta separación se genera a través de un sacrificio, que enviste al dispositivo de una exclusividad, un cierto halo de importancia sobrehumana. Podríamos entender esta moda verde, en las capas altas y medias, como la tendencia a hacer un sacrificio para alcanzar lo separado, la mercancía exclusiva. La moda ambiental como bien exclusivo-excluyente que discurrese el bien colectivo, pero se destaca como sacrificio de élite.

Entonces, ¿cuál es el potencial de la moda ambientalmente amigable? Se llega al interés por la tierra y el ambiente en términos generales, pero tamizado por la reconversión estética y política eurocéntrica y colonialista: foodtrucks, huertos urbanos, compostaje en apartamentos, etc. Se incorporan pequeños nuevos hábitos, pero sin cuestionar a fondo los modos de vida, consumo, relacionamiento, y vínculo con el entorno humano y no humano.

A nivel meso, vemos repetidas estas mismas lógicas, pero desde la vida institucional: estatal, empresarial y algunas organizaciones de la sociedad civil. Los impulsos al emprendedurismo y el incentivo a la innovación eco-light. Las capacitaciones por el BID para bancos locales y empresas del rubro verde, el uso de la Responsabilidad Social Empresarial como pata de clientelismo a nivel de las localidades y lavado de cara verde de sus prácticas centrales.

También se percibe una tendencia a financiar y sostener proyectos que articulan lo artístico-cultural con la innovación sostenible, donde los artistas son empujados a incorporar algunos eslogans ambientales para mejorar sus campañas de difusión a través de las grandes industrias capitalistas culturales y creativas (discográficas, editoriales, compañías, etc.).

Por último, lo más impactante a nivel institucional, es el imponente avance de las patentes biológicas e incentivos a la investigación solventado por grandes multinacionales, palanqueando incluso muchos recursos públicos para ello. La búsqueda de nuevas tecnologías para responder a las problemáticas ambientales, solapa el avance brutal de las patentes biológicas y la depredación de los espacios más inalcanzables de la naturaleza.

A nivel macro, es decir, a escala mundial (global o transnacional), regional y nacional, se visualiza en el fuerte avance del neoextractivismo, entendido como las formas de producción de materias primas (commodities) a base de sobreexplotación de recursos naturales (agua, suelo, madera, minerales, cereales, etc.) con megaemprendimientos que funcionan principalmente por despojo y depredación (Gudynas, 2009; Scribano, 2009; Svampa y Viale, 2014).

La otra cara de la moneda del neoextractivismo es el comercio de los bonos de carbono y los “servicios ambientales”. Según este nuevo mercado inventado desde el Banco Mundial (definido en el protocolo de Kyoto), junto al área ambiental de la ONU (PNUMA) y canalizado a Latinoamérica por el BID, como salida a la crisis del 2009 de EEUU y Europa, es necesario revertir los problemas del calentamiento global y los daños ambientales causados por el “desarrollo” (mal entendido como crecimiento industrial sin límites ni consecuencias), cambiando el “chip” por el “desarrollo sostenible” (Objetivos de Desarrollo Sostenible, 2015-2030) de manera tal que no se cuestione el dogma de crecimiento económico, pero que Ese tome en cuenta el impacto ambiental.

Para ello, dicen, hay que incentivar a las empresas y naciones a cambiar la producción y consumo de energía por tecnologías llamadas “limpias”, es decir, que emiten menos CO<sub>2</sub> en el aire (energías renovables, reciclaje de productos y residuos, etc.). Esto se logra volviendo un objeto de compra-venta la reducción de CO<sub>2</sub> de un proceso productivo de una empresa o nación, lo que permite a quienes cambian su tecnología vender su “disminución de uso de CO<sub>2</sub>” a empresas o naciones que compran su “aumento de emisiones de CO<sub>2</sub>” (Rodríguez, 2011), a través de bancos, por supuesto. De esta manera, se logra vender y comprar la necesidad de bajar los niveles de emisiones de gases de efecto invernadero, volviendo rentable la decisión de ser ambientalmente responsables y embanderados “en contra del calentamiento global”.

Además, en el absurdo de generar riqueza a partir de los problemas causados por el propio modo de producción y consumo actual, se comenzó a contabilizar (volver números o equivalente en dinero), para ser comprado-vendido al igual que los bonos de CO<sub>2</sub>, una serie de procesos de la naturaleza bajo el nombre de “servicios naturales”:

la polinización de los insectos, la dilución de químicos en el agua, la fotosíntesis, etc. Partiendo de la posibilidad de que la contaminación que avanza día a día destruiría por completo dichos procesos, se calcula el nivel de pérdidas económicas (o gastos agregados en el proceso de producción) que implicaría, y el valor de lo que se posee en cada nación o propiedad en base a esa posibilidad de ser destruido, lo que vuelve su preservación un “servicio” vendible (Moreno, 2013).

De esta manera, aquellos países, empresas o privados que disminuyen sus emisiones de CO<sub>2</sub> o preservan los procesos de la naturaleza que aportan al proceso de producción, pueden generar nuevos ingresos por la venta de sus “nuevos bienes y servicios verdes”.

Otras dos dimensiones de grandes políticas de rentabilidad “limpia” o “verde” son el “cambio en la matriz energética” y la REDD+ (políticas de Reducción de Emisiones de CO<sub>2</sub> por Degradación de los bosques y la Deforestación, gestión forestal sostenible y captura de CO<sub>2</sub> por forestación).

El cambio en los modos de producción de energía, en nuestro caso pregonada desde el gobierno con la mira en la producción eléctrica, ha implicado una multiplicación acelerada de la producción eólica, compensando la producción hidroeléctrica, lo que sitúa a Uruguay como país con casi la totalidad de su producción eléctrica a base de energías renovables. Sin embargo, este cambio tiene tres grandes problemáticas silenciadas: en primer lugar, el material de las aspas de los molinos (fibra de carbono) es de muy difícil reciclado, por lo que tras 20 años de funcionamiento los convierte en inmensos residuos inútiles. Segundo, este cambio en la matriz se realizó principalmente a través de contratos con muchas facilidades para inversores privados, por lo que se generó una importante privatización de la producción eléctrica (nunca explicitada), perdiendo soberanía nacional en el monopolio de la producción y distribución. Tercero, a causa de la privatización en base a contratos privilegiados, la UTE se compromete a comprar absolutamente toda la producción generada a precio fijo, sin importar si es necesaria o no en relación a la reserva de las hidroeléctricas. Lo que implica en muchos casos pérdidas económicas que se trasladan a las facturas de todos los ciudadanos uruguayos, ya que, cuando esta

energía sobra se exporta a países vecinos a precios más bajos que los pagados a los privados dueños o gestores de parques eólicos. Exactamente la misma situación se desarrolla con la producción de energía con biomasa, a cargo principalmente de las plantas de celulosa de UPM y Montes del Plata, que producen electricidad quemando sus “licores negros”, residuos del proceso químico de la madera en sus plantas, y vendiendo la energía a costo fijo por 20 años (además de vender bonos de carbono por la producción de “energía limpia”).

En cuanto a la REDD+, en Uruguay recién comienzan a instrumentarse algunas acciones desde el MVOTMA, afortunadamente, enfocadas a la preservación del bosque nativo. Sin embargo, el marco internacional incluye en el paquete de acciones la reforestación con árboles exóticos o nativos como parte de la “captura de CO<sub>2</sub>”, y la gestión “sostenible de CO<sub>2</sub>”, por lo que, con la sola voluntad de nuevos gobiernos de ejecutar esas líneas podríamos tener en nuestro territorio aún más apoyo financiero para la depredadora industria forestal, bajo la etiqueta de “reforestación con árboles exóticos”.

Por último, a nivel macro, otro punto fundamental para el funcionamiento de este capitalismo verde, es el desarrollo de los medios de comunicación y transporte (terrestre y acuático) de inmensos volúmenes de materias primas. Este despliegue de infraestructura de grandes proporciones, enmarcado en la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA, hoy COSIPLAN), está diseñado principalmente para el transporte de mercaderías de las zonas de materias primas valiosas (centro del continente) hacia los grandes puertos y puntos de conectividad suramérica-mundo. Bajo un discurso de “integración regional” y mejora de las “oportunidades locales”, se ejecutan proyectos (que significan un fuerte aumento de la deuda externa) para el abaratamiento de los costos de transporte y logística casi exclusivamente comercial, de forma que pueda asegurarse la exportación de inmensos volúmenes de commodities hacia Europa, EEUU y China; y facilidades para las empresas depredadoras extranjeras (mineras, pasaderas, agroindustrias, hidroeléctricas) que invierten en el continente.

En Uruguay el neoextractivismo y la economía verde son claramente visibles en el avance en los últimos 30 años del agro-

negocio: monocultivo en inmensas proporciones de soja y maíz transgénico para alimentar animales en China y Europa, y junto a la caña de azúcar para producir biocombustibles, la forestación con monocultivos de Eucaliptus y Pino; los megaemprendimientos de plantas de producción de celulosa; los parques eólicos; los proyectos de puertos de aguas profundas y pesqueros, proyecto de restauración del ferrocarril central para UPM2, etc.

Se discurrese una supuesta “eficiencia” en el uso de los recursos naturales, un cuidado del ambiente con los estándares más altos, sin embargo, estas palabras no hacen más que ocultar las consecuencias socio-ambientales de estos proyectos, tras la panacea de la tecnificación ultra-moderna, la centralización del saber técnico-profesional y los proyectos a inmensa escala.

Se vuelve urgente que revisemos nuestras prácticas cotidianas que aportan a estas problemáticas en los tres niveles. Las consecuencias siempre las pagan los expulsados y menos favorecidos, mientras que el resto podemos elegir cómo ser o no parte, mitigar las problemáticas concretas en nuestra vida, y seguir adelante sin serios cuestionamientos.

Maristella Svampa (2019) llama a estos territorios arrasados por el neoextractivismo “zonas de sacrificio”. Personas, comunidades, territorios, tierras y aguas sacrificables en pos de lo que podríamos llamar el Dios “Desarrollo”. El discurso sobre el sacrificio, la necesidad de que algunos hagan un sacrificio, o sean sacrificados (expulsados, reprimidos, desalojados, asesinados, desterrados de sus lugares de vida y producción) por un bien hacia “las mayorías”, invierte la realidad del problema: perjudicar a grandes mayorías de afectados directos e indirectos (pobres, con pocas herramientas para defenderse, invisibilizados, pequeños productores, etc.), para beneficiar a una extrema minoría de sectores de altísimo poder socio-económico, y sus redes oligopólicas de logística y transporte, construcción, vivienda, explotación sexual, comercio, e industrialización.

Hilando todo lo dicho, vemos dos caras de la misma noción de base: el sacrificio. Mientras sectores medios y altos hacen “sacrificios cotidianos” enmarcados en el capitalismo verde y la nueva

rentabilidad de la distinción eco-soft, inmensas cantidades de personas de sectores bajos y expulsados son sacrificados en el marco de mega emprendimientos neoextractivistas. Y ambas realidades tiene muy pocos puntos de contacto directo y reconocimiento mutuo. El acto o dispositivo de sacrificio separa a humanos de dioses, seres comunes de expertos que pueden opinar y decidir, sujetos descartables de proyectos relevantes. El Dios Desarrollo se alimenta en cada nuevo acto de reproducción, de sacrificio de cualquier alternativa en pos de la única aparentemente posible.

La lógica del sacrificio domestica nuestra potencia crítica, necesitamos recorrer el camino inverso: profanar las esferas sagradas del Dios Desarrollo. Profanar, implica la posibilidad de volver al uso común de las personas aquellas esferas separadas en el sacrificio. Quebrar lo bordes elitistas que se apropiaron de nuestra construcción de futuro bajo el mandato del Dios Desarrollo, reincorporar a la cotidianidad encarnada en cuerpos y afectos de personas en sus territorios decidiendo sobre qué y cómo gestionar su vida, su historia y su futuro.

Una posible pista está en aquellas comunidades y colectivos en defensa y gestión de lo común, como tramas de reciprocidad y horizontalidad que aseguran la producción y reproducción de la vida material y simbólica (Gutiérrez y Salazar, 2015). Se trata de un modo abierto de hacer vida en conjunto, con nuevos criterios de valor, nuevas formas de organizarse y decidir en colectivo. También modos otros de senti-pensar en relación entre humanos y con lo no humano (Escobar, 2014).

Percibir y dialogar sobre nuestra crítica domesticada es el primer paso, luego queda llevar esa autocrítica lo más profundo posible y estar dispuestos a hacer el duelo de nuestras seguridades propias de la progrófera, y adentrarnos en un proceso creativo colectivo de profanaciones múltiples.

Saber duele, reconocernos contradictorios, aún más, pero de la podredumbre de nuestras estructuras opresoras y reproductoras de la injusticia surge, humildemente, el humus fértil de nuevas construcciones comunitarias.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio (2005). *Profanaciones*. Bs. As.: Adriana Hidalgo.
- Agamben, Giorgio (2011). *Desnudez*. Bs. As.: Adriana Hidalgo.
- Baudrillard, Jean (1991). *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI.
- Beasley-Murray (2010). *Jon Poshegemonía: teoría política y América Latina*. Bs As. Paidós.
- Byung-Chul Han (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- D'Alisa, Giacomo; Demaria, Federico y Kallis Giorgos (Comps.) (2017). *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*. Bs As.: Biblioteca Permacultura
- Escobar, Arturo (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA.
- Gudynas, Eduardo (2009). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. *Extractivismo, política y sociedad*, vol. 187.
- Gutiérrez, Raquel y Salazar, Huáscar (2015). "Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente". *El Apantle, Revista de Estudios Comunitarios*, 1, octubre, Puebla, SOCCE.
- Jódar, Francisco y Gómez, Lucía (2007). "Educación posdisciplinaria, formación de nuevas subjetividades y gubernamentalidad neoliberal. Herramientas conceptuales para un análisis del presente". *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 12(032), enero-marzo, México.
- Larrosa, Jorge (2003). *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona: Laertes.
- Moreno, Camila (2013). "Las ropas verdes del rey". En: Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, *Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI* (pp. 63-97). Bs. As.: Abya Yala/ Fundación Rosa Luxemburgo/América Libre.
- Rodríguez Panqueva, Diego (2011). *Capitalismo Verde. Una mirada a la estrategia de BID en cambio climático*. Bogotá: CENSAT Agua Viva.
- Scribano, Adrián (2009). *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Svampa, Maristella y Viale, Enrique (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Bs. As.: Katz
- Svampa, Maristella (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*. Alemania: CALAS.